

Reconozco que cuando la señora Jones nos habló por primera vez de Marly, la sirvienta de la marquesa Heidi-Henz-Mayer, pocos, por no decir ninguno, le prestamos demasiada atención. A esas alturas del crucero, todos manejábamos ya un perfil de la señora Jones, y coincidíamos en pensar que era mujer aburrida e imaginativa, que a todo le encontraba una vuelta de tuerca. De modo que fue muy razonable que nadie creyera una sola palabra de su historia, al menos en un principio.

Un día nos encontrábamos, como era habitual tras el desayuno, degustando un inmejorable champagne y un plato de cerezas en la cubierta del Fiorod cuando apareció la señora Jones y tomó una hamaca al lado de las nuestras. Se mostró, como era habitual en ella, muy dispuesta a entablar conversación. Pronto terminó siendo ella misma toda la conversación (como también era habitual):

- Y Marly, esa mulata que acompaña a la alemana ¿se han fijado que tiene un ojo de cada color? Verde y azul. O gris. No lo sé a ciencia cierta. Pero algo sí que sé: Que lleva la maldad escrita en la cara. ¿No les parece? ¿Saben a quién me refiero? -

Yo asentí. Y según lo hacía, la señora Jones se auto-invito a nuestro plato de cerezas.

- ¡Mmm! ¡Solemnes estas cerises de Martinica! Pero volvamos a Marly. ¿Han observado que pasa la mitad del día vagando a solas por la cubierta? Y de pronto se te aparece en mitad de la nada, como anoche: ¡El susto que me dio! ¡Casi me caigo por la borda! Apareció como una sombra, detrás de mí. ¡Marly! Le dije ¡Qué haces aquí! No me malinterpreten...ya sé que tenía tanto derecho como yo a estar allí, pero ¡Aparecer así! ¡Si no la sentí hasta que no la tuve a dos pasos! Se diría que había caído del cielo. Y ella ¿Saben lo que hizo? Nada. Ni inmutarse. Me miró con esos dos ojos, que parece que llevan un lucero dentro, y se largó por donde había venido. Claro que yo no le he dirigido ninguna queja a la marquesa ¡Dios me libre de entrometerme! Pero si me preguntaran mi opinión, le diría que no es esa la clase de sirvienta que uno se espera que tenga. Aunque viva, como ella, en las colonias. ¡Si viste como una andrajosa!

- Eso es cierto - dijo el príncipe Hector, como si lo demás hasta ese punto no lo fuera - Viste llamativamente mal.

- ¡Menos mal que alguien más se da cuenta! - celebró la señora Jones - Y ¿saben qué? Tengo ciertas sospechas sobre sus actividades nocturnas. ¿Han oído hablar de las

gallinas desaparecidas de la despensa? ¿Del polizón?

Todos asentimos aburridamente con la cabeza. En todo buen crucero que se precie surge una historia siniestra o cuando menos intrigante para animar las aburridas e inevitables horas de tedio que median entre escalas. En mis muchos años como viajero, he oído tantas como nombres tienen los países, pero hay una que siempre repite y esa es la historia del polizón.

Tiene muchas versiones, pero todas coinciden en lo básico. El polizón suele ser un delincuente, normalmente muy peligroso, que de forma indeterminada, ha conseguido subir al barco. Se esconde en algún oscuro vericuesto, probablemente en el tortuoso nivel de máquinas, y solo sale por las noches en busca de alimento y alcohol. Encontrárselo es, obviamente, sinónimo de desgracia.

- Pues yo no creo que haya tal polizón – continuó Jones – Si no que es esa ... pordiosera la que roba las gallinas. Y ¿saben para qué? ¿Han oído hablar alguna vez de la magia negra?

Ahora la cosa se ponía interesante. Tanto que Monique y yo abandonamos nuestra partida de backgammon para escuchar la nueva teoría de la señora Jones. No se podía desperdiciar algo así tontamente.

- ¿Saben aquella mujercita, la belga, que se puso enferma en Port de France? La que tuvieron que desembarcar.

- Madame Bernardeau – dije yo – ¿Por qué la menciona?

La señora Jones sonrió pícaramente

- Es una mujer hermosa. Y muy simpática también... tal vez incluso más de lo que la buena educación señala. Me refiero, por supuesto, a sus visibles flirteos con el señor Marques Heidi-Henz-Mayer.

En eso no se equivocaba la señora Jones. Madame Bernardeau era una mujer guapísima y a nadie se le había escapado que al marqués, un hombretón septuagenario, se coloreaban las mejillas cuando ella se sentaba a su lado y le servía el champagne en la copa. Y tampoco se nos había escapado que la marquesa asistía a todo esto con la mirada fría como un hielo. A partir de ahí, la teoría de la señora Jones era fácil de adivinar.

- ¿Esta usted diciendo – comenzó a preguntar Monique – que la repentina enfermedad de Bernardeau fue provocada por una suerte de hechizo de magia negra realizado por Marly?

La señora Jones colocó el bolso encima de su falda de felpa y se atuso el moño antes de responder.

- Eso es exactamente lo que digo, querida - y ahora, bajando la voz hasta el nivel del susurro añadió - Pero mírenla, por allí viene... -

Y tomando otra cereza de nuestro plato se quedó callada como si nunca hubiera abierto la boca más que para respirar.

En efecto, se acercaban en ese momento los señores marqueses de Heidi-Henz-Mayer por la cubierta, seguidos, a unos cinco pasos, de la mencionada muchacha.

Al pasar frente a nosotros, mientras intercambiábamos un cordial saludo con el matrimonio, fue inevitable que todos nos fijásemos en su criada.

Era dueña de una extraña belleza. De tez delgada, rasgos afilados y gesto pensativo. Era cierto que, para ser una criada, vestía de manera hosca y sombría, que desentonaba un poco con la majestuosidad de sus amos - él con uniforme de la marina y ella con un largo vestido floreado.

Cuando ya habían pasado de largo y mediaban unos buenos cinco metros entre nosotros, la señora Jones, sin sacarse la cereza de la boca, susurró:

- Esa mendiga...Me pone los pelos de punta.

Lo dijo con la clara intención de ser oída, y enseguida supimos que así había sido.

Marly frenó su paso y se quedó, por el periodo de un segundo, quieta como una piedra, mientras que sus amos proseguían el camino hacía popa, indiferentes.

Fue un momento eterno e incómodo. Tal vez la señora Jones pensase que denigrar a la servidumbre le granjearía simpatías en la primera clase pero para nosotros, en ese momento, había traspasado un límite inaceptable. Se lo hubiéramos hecho ver... pero justo en ese instante ocurrió algo que cabe calificarse de casualidad diabólica.

De pronto, y sin más preámbulo, la señora Jones comenzó a silbar ahogadamente. Esa es la forma verbal que más se aproxima a lo que hizo con la garganta. Su rostro enrojeció a gran velocidad y, con una agilidad pasmosa, brincó hasta erguirse sobre el suelo de la cubierta echándose las manos al cuello. No tardamos en entender lo que ocurría. El rabillo de la última cereza aún temblaba entre sus dedos.

Fue Arthur, nuestro flemático y distinguido amigo, quién primero reaccionó. Sin perder un segundo, se colocó a la postre de la pobre señora, la rodeó con los brazos y realizó la maniobra Heimlich (no en vano era recién licenciado en medicina) mientras

el resto contemplamos la escena estupefactos...y lo cierto es que aquella imagen de Arthur presionando por detrás el orondo cuerpo de la señora Jones, fue, pasado el tiempo, algo que recordaríamos entre risas.

El hueso de la cereza se hizo esperar, pero al final terminó saliendo. Rebotó en la madera un par de veces y se coló por un imbornal, de modo que ni siquiera como trofeo lo pudo conservar la pobre señora Jones, que ahora se había sentado en la hamaca y jadeaba nerviosa. Arthur se apresuró a servirle una copa de champagne y entre todos tratamos de reconfortarla. Al cabo de unos minutos, la azorada mujer, que tal vez por primera vez en su larga vida había visto la cara de la muerte de cerca, se despidió con prisas.

A lo lejos, los marqueses Heidi-Henz-Mayer se habían instalado ya en sus hamacas y Marly disponía el tentempié sobre una pequeña mesa de servicio.

Observé a la muchacha con disimulo. Vi cómo levantaba su rostro para mirar hacia nosotros. Y sus ojos parecieron encenderse al tiempo que, con la fugacidad de una llamarada infernal, una sonrisa se dibujaba y volvía a borrarse en su rostro mulato.